

El piano llegó a casa cuando se murió la tía Elena. Heredamos su reloj de campanadas y su piano. Papá colgó el reloj en el comedor y se entusiasmó con la idea de traer el piano enseguida. Mamá quería venderlo porque decía que no había lugar y además porque en casa nadie sabía tocarlo, pero él se encaprichó con ese asunto de traer el piano. Teníamos un living comedor muy grande y pasamos toda una tarde cambiando muebles de lugar pero no logramos hacer suficiente espacio. Hubo discusiones y se decidió esto: dejaríamos los muebles del comedor y pondríamos los sillones del living apilados en la piecita del fondo. Mamá se negó al principio y después de algunos días sin hablarse con mi padre, terminó aflojando. Mis amigas y yo jugábamos en esos sillones apilados en la piecita del fondo cuando mi madre no nos veía. Ella decía que eran peligrosos por la altura y que podíamos caernos. Estábamos andando en bicicleta con los chicos del barrio la tarde en que trajeron el piano. Mi padre se sentó en la

banqueta y daba vueltas de alegría como un chico. Apenas uno entraba al comedor el piano se imponía. A los pocos días, mi padre se apareció con la noticia de que mis amigas y yo empezaríamos a tomar clases de piano con la señorita Johnson. Mi padre se negaba a decirle Miss como todo el mundo en el barrio. Miss Johnson era la inglesa de la otra cuadra. Vivía sola en ese caserón desde que había muerto su hermana, unos cuantos años atrás, y daba clases de piano los martes y jueves por las tardes. Nosotras siempre nos habíamos reído de sus alumnitas. Tenían caras de imbéciles. Nenas de polleras escocesas con tablas y blusitas blancas impecables. Las veíamos cuando llegaban a lo de Miss Johnson porque a esa hora andábamos todos los chicos del barrio en bicicleta. Sentíamos que el barrio era nuestro arriba de esas bicis. Parece que mi padre fue a verla para consultarle sobre cómo mantener el piano en condiciones. Ella le dijo que lo mejor era que alguien lo ejecutara diariamente y se ofreció para darle clases los miércoles por la tarde. Dijo también que no le cobraría ya que eran vecinos. No sé cómo siguió esa conversación, sólo sé que mi padre hizo un cambio al ofrecimiento de Miss Johnson y a la semana Ema, Patricia, Olga y yo empezamos nuestras clases de piano y ella nunca nos cobró un peso. Mi padre le pasaba lustramuebles al piano todos los

El piano

De *Amigas mías*, editorial Emecé

sábados por la mañana y se ocupó de buscar a alguien para que viniera a afinarlo siguiendo los consejos de Miss Johnson. “Un gasto inútil”, protestó mi madre y era cierto. Pasamos dos o tres meses entre los solfeos y los gritos secos de Miss Johnson. No aprendíamos nada y a veces escuchábamos a Miss Johnson murmurar “Silly girls”. Él insistía en que practicáramos en casa, pero apenas tocábamos diez minutos nos aburríamos y nos íbamos a andar en bicicleta.

Después de unos meses el piano fue un problema en casa. Mi madre se quejaba porque en los cumpleaños la gente no tenía lugar para sentarse. Él dijo que había tres cumpleaños por año y que no se justificaba sacar el piano. Y hubo otras cosas. Un día mi madre compró tres portarretratos y los puso sobre el piano. En uno, mis amigas y yo reíamos a la cámara con peinados prolijos. En otro, mis padres salían de la iglesia felices y en el tercero, el padre de mi padre aparecía retratado de pie, junto a sus nueve hermanos, fuerte y erguido como yo nunca lo conocí. Mi padre se enojó, dijo que el piano no era un mueble de decoración y que los portarretratos rayaban la madera y sacó todo.

Otro día mamá apoyó sobre el piano una jarrita con fresias sobre una carpeta tejida al crochet. La discusión empezó por las fresias y derivó después hacia otros lados. Ella le dijo que era un egoísta, que siempre lo había sido, que era además tan inútil como el piano pero aún más molesto que ese armatoste en la casa. Que ese piano era lo único que había heredado junto con el reloj que se rompió al poco tiempo y que seguía colgado en la pared, tan inútil como el piano y como él. Que la tía Elena nunca lo había querido, que siempre había preferido a su otro sobrino y que había sido una miserable con él dejándole ese piano de morondanga.

Él no dijo nada al principio, escuchaba sentado en el patio y fumaba. Fue cuando mi madre nombró a la tía Elena que él reaccionó. Le dijo que en realidad ella era una bruta, que ni siquiera había podido terminar el secundario, que le faltaba roce social y le sobraban novelas de la tarde. Bruta e inculta como toda su familia. Ella terminó llorando y él tiró las fresias a la basura. Yo me fui a jugar a la calle con mis amigas y ese día mamá ni siquiera me llamó para tomar la leche.

Las clases en lo de Miss Johnson duraron poco tiem-

po más. Miss Johnson se cayó y se rompió la cadera. La operaron pero ya no volvió a dar clases. Mi madre en esos días le hacía las compras por la mañana y, de tanto en tanto, le llevaba algún plato de comida. Los días posteriores a la operación, mi padre nos pidió a mis amigas y a mí que nos turnáramos y por dos semanas estuvimos con ella. Ema y Olga iban al mediodía y se quedaban hasta la tardecita. Yo llegaba alrededor de las ocho y me quedaba a dormir. Patricia se negó a cuidarla y no volvió a pisar esa casa.

Hubo tres cosas que nunca le conté a nadie, ni siquiera a mis amigas. No sé bien por qué.

Uno: que Miss Johnson se friccionaba todas las noches el cuero cabelludo con un agua de ortigas que se lo hacía preparar en la farmacia. Las últimas noches que estuve allí se lo friccioné yo siguiendo sus indicaciones. “¿Para qué es?”, le había preguntado yo. “Para prevenir la caída del pelo y fortalecer las raíces”, me había dicho ella mientras me indicaba cómo friccionar la piel de la cabeza. “Da muy buenos resultados”, había agregado. Me pregunté entonces si Miss Johnson nunca se había dado cuenta de las veces en que Patricia, Olga, Ema y yo nos habíamos reído de sus pocos pelos.

Dos: que todas las noches, antes de dormirse se tapaba bien, escondía la cara bajo las sábanas y lloraba como una nena. Después caía en un sueño profundo.

Y tres: que todas las mañanas, cuando yo me iba para mi casa, ella me ponía unas monedas en la mano. Nunca me las gasté y le compré con ese dinero un par de chinelas color natural para que cambiara las suyas que estaban viejísimas.

A las dos semanas de la operación, apareció un pariente de Miss Johnson que nunca habíamos visto y se la llevó con él. Con el tiempo nos enteramos de que la había internado en un geriátrico. Tardaron años en vender esa casa. La interrupción de las clases de piano, la ida de Miss Johnson del barrio, en fin.

Cuando cumplí quince años, mamá cubrió el piano con un mantel de hilo blanco y puso la torta con las cintitas y las copas de sidra sobre él. Lo había hablado antes con mi padre. “Sí, está bien”, le había dicho él. “Usálo”. En la foto en que aparecemos todos brindando se lo ve a él pensativo, algo preocupado; supongo, por la forma en que todos ignorábamos ese piano.